

—¿No lo sabes acaso? — dice la mujer — ¿No sabes que lo fusilaron los fascistas el primer día de la guerra?

—Es verdad —dice el hombre— ¿Y tu hija? ¿Dónde está tu hija?

—La mataron los moros! La violaron y la mataron! — contesta la española poniéndose a llorar.

—¿Y tu hijo? ¿Nuestro hijo Juan? ¿Dónde está nuestro hijo Juan?

—Lo mataron! — dice sollozando la mujer. — Lo mataron esos asesinos! Lo destrozaron a golpes primero y lo fusilaron después!

Entonces, el español levanta la cara inexpresiva hacia el mayordomo y animándose de pronto con un sincero interés por el caballo, expresa:

—Qué lástima que se haya perdido un caballo tan valioso! Nada menos que el caballo de Lord Westinghouse!

Nada menos que un vintén de aumento! Qué barbaridad! Y vaya Dios a saber qué nos deparará todavía el plebiscito! Vaya Dios a saber si lo ganan los rosados o los verdes!

18 de enero de 1952

Turismo, Cantegrill, Colleoni, un Japonés y Nosotros

Estamos por la mitad de otro verano y he aquí que otra vez alguna voz más o menos vaga y misteriosa (que no sabemos si son los gobernantes o los ricachones, los comerciantes al por menor o los simples propineros que habitan los costados de las carreteras) libra su encarnizada batalla por convertirnos a nosotros, que nunca fuimos reconocidamente más que mera patria de haraganes y de guapos, en país de turismo. "Para locas estoy yo!" — como decía aquel viejo que había perdido siete pesos en el tranvía y lo invitaban a un baile. ¡País de turismo, nosotros! ¡Nosotros, que nos hemos conocido naranjo!

País de turismo

Sabida es la diferencia que diferencia un país de verdad con un país de turismo. La misma —ni más ni menos— que la que hay entre

una casa de familia y una casa de pensión, o una casa de salud (Suiza...) o un garito (Mónaco...).

Y nosotros, que hemos vivido tantos años del animal llamado vaca y del animal llamado oveja, es imperdonable que nos entreguemos ahora tan de lleno, tan como quien vende un tambo para poner un cabaret, a la explotación del animal "turista" tan flaco de carne, tan desnudo de lana, tan fácil de billete, o vicio y de qué me importa.

La humanidad ha crecido por algunos costados gracias al encogimiento de otros. Muchas disminuciones colectivas forman el precio de ese pasaje de la carretilla al avión y de la torre de Pisa al rascacielo. Y el turista, que sólo se parece a la vaca y a la oveja en que tampoco se encariña con la tierra en que pasta, es el fruto hueco de uno de esos barranca abajo de la especie humana, en que nada se salva y el honor tampoco.

Hijo bastardo del peregrino o del viajero, el turista es el garabato idiota de aquellos. El peregrino iba a Jerusalem y a Roma como quien quiere buscar en este mundo el lugar por donde salirse de él. Era el viaje del alma el que lo hacía caminar y el cuerpo lo seguía porque no le quedaba otro remedio.

Sin religión ni penitencia, el viajero se llamaba así porque viajaba de verdad también, con todo el nombre que era entero. Los viajeros —desde el que llegó por primera vez a la China desde Italia, hasta el que cruzó por primera vez de punta a punta la India— no querían salirse del mundo. O por lo menos no buscaban el lugar por donde salirse, porque no querían salirse sin haberlos conocido todos primero.

El turista, en cambio, es el hombre perdido que busca el lugar del mundo donde aburrirse menos. No es su alma, sino sus ganas de tomar whisky las que viajan. El turista es la peste internacional ante la cual se deberían cerrar todas las fronteras, mejor que antes los leprosos o los agentes totalitarios.

Si el peregrino era un cáliz, y el viajero una copa de vino, el turista, en cambio, no tiene representación mejor que la de un vaso de "Cuba Libre".

Sin nada que hacer en su país, busca en otros el lugar donde enseñar su cancan y su mambo y los pesos que no pagó por jornales. Uno lo mira sentado en el bar, con la camisa sport escapada del cinto, el pañuelo en torno al cuello y los lentes negros y la primera pregunta que se viene a la boca es:

—Diga, viejo: ¿está seguro de que en la Argentina no hay nada que hacer? Francamente, parecería que hay tanto...

Porque si fuéramos Francia, Checoslovaquia, México, no digo... Pero ¿alguien puede venir a ver sensatamente en el Uruguay ruinas del siglo XIII, o monasterios de la Colonia?

La balanza de cuentas

Uruguay, que desde hace unas décadas mantiene siempre favorable su balanza de cuentas —nos mentimos a nosotros mismos, en efecto, mucho más de lo que nos mienten de afuera—, no precisaba el cuento de la balanza de cuentas para despiporrarse por la política turística.

La pregunta sin contestación que formulamos es la siguiente: la plata que traen los 158 argentinos y medio que han venido a hacer turismo a nuestras playas este año, más los 354 dólares que se gastó en una única noche de whisky el único norteamericano legítimo que ha pisado el Este uruguayo en los últimos 26 años, ¿es más o es menos que los \$ 700.000 del Festival I y los otros tantos por dos del Festival II? ¿Quién nos paga la venida de Xavier Cugat, y la de Abe Lane, purísima sin pecado concebida? ¿Con qué se compensa, el día de sacar el lápiz y hacer la cuenta final, el dinero que se llevaron, llevan y llevarán Pérez Prado, los ciclistas italianos, el carnaval de hielo, el idem acuático, Tommy Dorsay y su "sensacional" orquesta del siglo pasado? ¿Los pasajes de actores y actrices con qué se pagan? ¿La plata que sale por dónde entra de nuevo? ¿El negocio nacional en qué consiste? ¿Esas oscuras golondrinas con la cara de Artigas grabada al agua que se llevarán a puñados los astros del automovilismo que vendrán a Piriápolis, y las modistas, los modistos, los modelos y las modelos que vendrán a la Exposición Internacional de la Moda en San Rafael, volverán acaso?

Haber salido "chico y con playas" es para un país como "nacer pobre y bella" para una andaluza... Sí, ¡la perdición!

¡Sí! Con colegiado y todo. Que en eso, como en tantas otras cosas, tenía razón el hincha de fútbol.

—¿Te gusta el colegiado?— le preguntaban.

—Claro!

—¿Así, con nueve presidentes?

—Ah no! Con nueve sólo no alcanza. Para arreglar esto lo menos que se precisan son mil quinientos!

Un triunfo nacional

Y así, como el niño que hoy quiere ser general y mañana guarda de ómnibus, el alma nacional transita de sueño en sueño, y hoy quiere ser Suiza de América, mañana Atenas del Plata y, en este minuto preciso, centro mundial de cine.

Como el niño también, el alma nacional, es claro, lleva sus grandes porrazos. Por ejemplo: no viene Yatasto al Ramírez, y en vez de alegrarnos todos de que ya nadie le pueda ganar a Bizancio, el triple coronado, nos ponemos furiosos y de qué manera, con el sátrapa que tiraniza del otro lado del río hombres y turfmen.

En víspera del Día de Reyes, se habían acabado los partidos políticos y las clases sociales. Se habían acabado el "Sí" y el "No" y se habían acabado hasta las jugueterías. No había ni Nacional ni Peñarol, que debían jugar al día siguiente, ni había blancos ni colorados. El tema, el único tema, era el desafío hecho al Uruguay entero con la puñalada inferida a su Gran Premio "José Pedro Ramírez". Nosotros, que hace menos de un año dejamos hacer un pozo en la mismísima tumba de Artigas a una señorita italiana que llegó con unas crucecitas dibujadas en una hojita de cuaderno doble raya, nos enfurecíamos con santo ardor patriótico porque el Ramírez, el histórico premio Ramírez, la clásica Internacional de nuestras carreras, había sido sabotada con la ausencia de un caballo porteño! Perón había impedido que pur-sangs de la otra orilla, viniesen a alternar, según lo exigía una cincuentenaria tradición grata al Dr. Saavedra Lamas y otros próceres, con sus idem orientales.

La totalidad de la prensa de todos los sectores y de todos los tonos no tenía más que la misma palabra de repudio altivo para la felonía. Y no se murió del corazón, viéndola despotricar contra la ausencia de los cuatro vasos, quien no quiso. Yatasto! No dejar venir a Yatasto!

Claro que fue nada eso. Lo grave fue el lunes. Todos los diarios del Uruguay cantaban himnos de agradecimiento y de euforia. ¿Por qué? Pues porque el pueblo uruguayo había sabido contestar, y había demostrado que para el éxito de un Ramírez no se necesitan extranjeros. En efecto: se habían jugado esa tarde más de 900.000 pesos. El "beeting" había probado con creces que, entre puros, nosotros somos capaces de sostener, a fuerza de corazón pujante, la timba más pintada. Viva el Uruguay! Qué triunfo!

La calor y Colleoni

Y así, apenas iniciado 1952, el termómetro —entre actriz que llega, coca-cola que se suda y plata que se tira o juega— ha ido subiendo hasta extremos inauditos. Como por ejemplo, el de sobrepasar a la intemperie el clásico 41 grados con 6/10, a cuyo solo resplandor se puede hacer con alguna habilidad un huevo frito, sin más ayuda que un adoquin de calzada en lugar de sartén.

¿Será, —se preguntaban algunos— la tierra, la vieja y santa tierra que se nos está muriendo de vergüenza abajo de los pies? ¿Será que se acuerda de cuando, por lo menos, nos degollábamos los unos a los otros, con cintillo de diferente color en el sombrero?

Y el día 9 de enero, por una de esas ironías certeras de la historia, que dice su palabra silenciosa a espaldas de los mismos pueblos borrachos, Montevideo tuvo, entre mil turistas, un turista más. Sólo que de bronce, como cama de remate. Esculpido a caballo, tal y cual lo concibió un día Andrea de Cione, por mal nombre el Verrocchio, llegó Bartolomeo Colleoni, el condottiero.

El Uruguay —patria de "La Carreta" y de "La Diligencia"— se honró así con lo único que le faltaba para estar completa con los tiempos que corren: el monumento al mercenario, la estatua al que se vende por lo que le ofrecen.

Bartolo, que conoce el paño, habrá clavado, nos imaginamos, su mirada escrutadora sobre la nueva patria que le depara la comercialización de su habilidad guerrera. Y la habrá clavado indagando los rastros de la corrupción, que es la que asegura siempre el dividendo del negocio.

No se que tal la habrá visto. Pero si alguna vez leyó a aquel Antonio Machado que en vida fue su antitesis perfecta, habrá recordado aquella España, que también una gente vaga y misteriosa había puesto "pobre y escuálida y beoda, para que no acertara la mano con herida...".

Japoneses de distintos países

Mientras tanto todos nosotros seguimos empeñados en demostrar durante todo el verano que somos, seremos y heroicos sabremos cumplir, uno de los centros turísticos más turísticos y centrales de todo el orbe. No vendrán desde la vereda de enfrente porque, ya se sabe, los parientes son los peores. Pero vienen, en cambio, desde todos los demás países del mundo, sin perdonar ni al Japón.

Para subrayarlo, es preciso, claro está, que hagamos un paréntesis absoluto en nuestras preocupaciones habituales y nos dediquemos casi de manera exclusiva a sudar y a seguir las lejanas alternativas de un Festival que, para la mayoría de la población del país, está tan lejano como si en vez de venir los japoneses hasta aquí, hubieran sido los habitantes de Punta del Este los que se hubieran ido al Japón.

La prensa, claro está, tiende el puente sobre el vacío que nos separa de esa parte izquierda de nuestro cuerpo que son las playas de ese lado. Y así, por intermedio de enviados especiales, cronistas cinematográficos, sociales, policiales a quienes se les compró un pantalón de playa, y gremiales a quienes se les ofreció un sobresueldo y un atillo en una pensión de Maldonado, nos vamos enterando de las cosas que importan:

1º — Que la mexicana Katty Jurado y su compatriota Chula no sé cuanto, vive en el bungalow N° 1.

2º — Que la segunda de ellas es un poco gorda demás, pero que está simpaticuísima.

3º — Que la francesa Odile Versois tiene un traje de baño que no alcanza para hacerse una corbata de moña de las más chiquitas.

4º — Que Evelyn Keyes, inglesa, y Paula Valenska, checoeslovaca, se alojan en el bungalow N° 16, como si no existiera la cortina de hierro.

5º — Que Trevor Howard, el simpaticucho de "Lo que no fue" y "El tercer hombre", es un tipo fenómeno, pierna hasta para llorar en un

velorio, y capaz de aprender a bailar con corte si lo dejan arrimarse hasta el Agrícola.

6º — Que la actriz italiana, Lia Amanda se puso hecha un ají porque la llamó un hombre desde Italia y en Punta del Este no supieron dar con ella.

7º — Que amén de otras muchas cosas que ha hecho, la citada Catty Jurado ha tenido tiempo hasta para cumplir años, entre autógrafo y autógrafo.

8º — Que al periodista inglés Elkan Allan, representante del semanario "John Bull", se le hizo la luz en el mate a los tres días de estar, y declaró a la prensa: "Me doy perfecta cuenta que Punta del Este está lejos de representar al país. . ."

9º — Que antes de partir para Hollywood o Nagasaki, no se sabe, uno de los dos japoneses varones asistentes (Hideo Matuyama o Takechico Kimura, tampoco se sabe) entregó una larga declaración a la prensa manifestando que su país estaba encantado de haber perdido la guerra, y que ahora, gracias al sistema americano de vida que practican todos los japoneses con el mayor orden y democracia, los trenes llegan puntualmente en todo el Japón y las casas de papel se están construyendo hasta de ocho pisos, como en Chicago. Y que le alegraba haber visto al Uruguay, porque aquí había mucho libertad, y eso él lo diría a japoneses cuando de regreso, uno por uno, para que todos, Hirohito también, tratasen copiar estupenda enseñanza democrática americana de vida. Y colegiado con nueve emperadores todavía no, porque Japón muy, muy atrasado, pese nobles esfuerzos Hijo del Sol Mac Arthur. Pero que quién sabe y qué bueno, que otra cocaola comonó.

10º — Que los pocos uruguayos inteligentes que había en Punta del Este se quedaron muy contentos con las declaraciones de Matuyama o Kimura (no se sabe) porque pensaron que el colonialismo adulón está al fin y al cabo extendido a todo el mundo.

11º — Pero que después pensaron que no. Y que la diferencia es que el japonés lo dice obligado después de una guerra y de dos atómicas. Y no lo cree de ningún modo. Mientras que nosotros los uruguayos, sí, estamos idiotas del todo y no nos damos cuenta.